

Luis el Germánico, y marchó rápidamente al Rhin con un ejército formidable. Los Príncipes temieron, pero no se desalentaron, porque los tranquilizaba la justicia de su causa. Adelantó el segundo de ellos, llamado Luis como su padre, para disputar el paso del río. Mas antes de dar principio á las hostilidades hizo que hablasen á su tío para tratar de reducirle á los sentimientos que dictan la naturaleza y la equidad. Dejóse llevar Cárlos de la ambicion: y entonces el jóven Luis con una sencillez que tiene mas disculpa en la edad y en las circunstancias en que él se hallaba, recurrió á lo que llamaban *juicio de Dios*.

He aquí como se hicieron estas pruebas que tanto alabaron algunos escritores contemporáneos. Un obispo celebró la misa, y al llegar á la comunión se volvió al pueblo, teniendo en la mano treinta hostias consagradas para igual número de hombres que debían hacer esta prueba importante. Levantó entonces la voz, y mostrando el cuerpo del Señor les habló en estos términos: „En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, por el santo Evangelio y por las reliquias de los Santos conservadas en esta iglesia, os rogamos que nos digais si defendeis una causa justa.”

Contestáronle que sí, y el obispo les dió la comunión diciéndoles: „Ayúdeos el cuerpo de Jesucristo á demostrar la verdad.” Luego que se concluyó el santo sacrificio los condujeron adonde estaba acampado el ejército, y allí presentaron una caldera de agua hirviendo al obispo, que la bendijo con esta fórmula: „Dios Omnipotente, autor y amante

de la justicia, vos que con una sola mirada estremecisteis la tierra y conservasteis á los tres niños del horno, santificad esta agua hirviendo, y manifestad con sus diversos efectos la fe ó la presunción de los que van á hacer la prueba con ella.” Al punto acercaron á diez hombres de los treinta que habia, quienes vestidos de hábitos eclesiásticos metieron el brazo desnudo en la caldera, y le sacaron sin ninguna lesión ni señal de dolor. Tomaron otros diez con las mismas ceremonias unos hierros hechos ascua, y los pasaron en la mano por espacio de nueve pies, sin dar ninguna señal de que les causaba sensación. Pusieron á los diez últimos en una cuba de agua fria, y al instante se fueron al fondo: lo que probaba que se defendia una buena causa, porque segun decian, el agua arrojaba ó espelia á los perjuros. Hechas estas pruebas referidas por algunos historiadores cuyos testimonios en este punto están muy lejos de ser infalibles, ordenó Luis que ayunasen é hiciesen rogativas públicas los soldados de su ejército.

22. Mientras esto sucedia, los enemigos que contaban con la seguridad de la victoria, se reían de todas estas prácticas, mirándolas como vanos recursos de la debilidad y de la cobardía. Mas no tardaron en convencerse de lo contrario; porque el ejército imperial quedó del todo derrotado, y el Emperador no tuvo mas arbitrio que escapar á uña de caballo, llevando consigo la confusión de un crimen infructuoso. Quiso lavar esta afrenta con la sangre de los verdaderos enemigos de la patria, sin considerar que

unas tropas vencidas no eran capaces de hacer frente á los normandos, mandados y acaudillados entonces no por un capitán de bandidos, sino por el famoso duque Rollon. Era este varón de un valor mas héroe que bárbaro, tan prudente como alentado, y dotado no solo del talento de las conquistas, sino tambien de todas las prendas propias para cimentar y levantar con solidez un estado: en una palabra, héroe completo, que á escepcion de algunos restos de barbarie, pasaba por uno de los mas grandes personajes de su siglo.

23. El Papa escribió en medio de estos apuros al Emperador Cárlos, pidiéndole que fuese á socorrer á la iglesia romana contra los sarracenos que assolaban con nuevo furor toda la Italia. „Derraman con furor, le dice, la sangre de los cristianos: los que se libran del hierro ó de las llamas caen en una esclavitud perpetua: las ciudades, las villas, las aldeas, abandonadas por sus habitantes, no ofrecen mas que montones de ruinas. Los obispos fugitivos se ven reducidos á mendigar en vez de distribuir el pan de la palabra, y no tienen otro asilo que la ciudad de Roma, que se halla tambien en la mayor miseria, esperando el momento de su destruccion. Sembramos el año anterior, y nuestros enemigos cogieron: en el presente no tenemos ni aun esperanza de cosecha, pues nos ha sido imposible sembrar nuestras tierras y salir de nuestras murallas. Y como si no fuesen bastantes los paganos para consumirnos, existen muchos cristianos que defienden y protegen su impiedad. Hablo

de algunos de esos empleados que residen en nuestras fronteras y á quienes vosotros llamaís marqueses. Roban estos los bienes de San Pedro en las ciudades y en los campos, y si no nos matan con el hierro, nos dan una muerte lenta y mas cruel con el hambre; y si no llevan cautivos á los fieles, los reducen á la condicion de esclavos.”

Su Santidad escribió al propio tiempo á la Emperatriz Richilda, con el objeto de conseguir mas pronto el socorro que pedia. Son estas cartas del mes de Noviembre de 877. En el mes de Febrero siguiente, como los franceses no llegasen á Italia y se hubiesen dejado ver los sarracenos en las cercanías de Roma, envió el Pontífice nuevos despachos por medio de legados estrechando al Emperador con mas eficacia que antes. Pintó la campiña de Roma assolada ya por los enemigos de Dios, las iglesias y los altares destruidos, los sacerdotes y las religiosas degolladas ó hechas esclavas, y todo el pais despoblado. Despues de esta pintura le invita á que cumpla las promesas que le elevaron al imperio, y le demuestra el riesgo á que se espone si falta por su parte á las condiciones de un pacto recíproco, consintiendo que se vean reducidos al despecho los que tanto contribuyeron á encumbrarle. El Príncipe no se paró á reflexionar, y prefirió el cumplir estas convenciones tan arriesgadas á las atenciones que debia á sus antiguos vasallos. Vióse, pues, en la precision de ajustar una tregua con los normandos que habian desembarcado en las orillas del Sena. Convocó Cárlos una asamblea de obispos, que

debían reunirse en Compiègne para la dedicación de una hermosa iglesia de la Virgen, que acababa de levantar en aquella ciudad con un cabildo de cien canónigos, que después se nombró de San Cornelio, á causa de las reliquias de este santo Pontífice. El Rey impuso por un decreto dado en la misma ciudad con fecha de 7 de Mayo del año 877 varias contribuciones á favor de los normandos, con el objeto de que no cometiesen ninguna hostilidad; disponiendo que los abades, los condes y los empleados por el Rey pagasen doce dineros por la tierra en que residían, y á proporcion por las que diesen á censo. Ordenó igualmente que los sacerdotes, sin exceptuar á los que servían en las iglesias pertenecientes al Rey ó á los grandes, contribuyesen también con proporcion á sus rentas; pero que ni los mas ricos pasasen de cinco sueldos, ni los mas pobres diesen menos de cuatro dineros; y por último los comerciantes de las ciudades pagasen segun sus medios.

Dispuso Carlos en otra asamblea celebrada el mismo año en Quersi, la manera con que su hijo Luis, á quien habia condecorado con el título de Rey, debía regir el reino durante su ausencia (1). En este plan que es muy circunstanciado manifiesta el Emperador un genio demasiado mezquino; pues no solo señala los bosques en que podrá cazar su hijo, sino que ordena que á su regreso se le dé razon del número de gamos, ciervos y demás animales que hubiese muerto el Rey.

(1) *Annal. Bertin. ad ann. 877.*

24. Tomadas estas precauciones corrió al punto á Italia; y su Santidad que por decirlo así estaba contando los momentos, salió á recibirle hasta Vercelli adonde llegó el Emperador al mismo tiempo que se disponia el Pontífice á pasar adelante. Extraordinario fue el gozo que les causó este encuentro, aunque se aguló pronto; porque apenas habian llegado á Pavía cuando recibieron la noticia de que el Rey Carloman, hijo primogénito de Luis de Germania, venia á marchas forzadas para hacer la guerra al Emperador su tio. Dispuso Carlos que la Emperatriz se retirase con sus tesoros á los desfiladeros de los Alpes, y sabiendo entonces que la mayor parte de los caballeros que le seguian en su expedición se habian conjurado contra él, se apoderó de su ejército un terror pánico. Pusieronse todos en fuga tras la Emperatriz, lo que fue en extremo vergonzoso, pues huyó también Carloman por otro lado creido de la falsa noticia de que el Emperador corria á pelear con los alemanes al frente de un ejército mucho mas poderoso que el suyo. De esta suerte vengó el Señor por tan extraordinarios medios á la naturaleza y á la Religion ultrajadas por dos Príncipes cristianos, cuya discordia motivó el que no se verificase la ruina de los enemigos del cristianismo. Por una cadena de prodigios en un todo impenetrables, enfermaron uno y otro durante su fuga. Convaleció Carloman de su enfermedad que fue bastante peligrosa, y no murió hasta tres años después. La del Emperador era una calentura muy leve, pero un médico judío llamado

Sedecías, en quien tenia gran confianza, le envenenó con un medicamento de cuyas resultas murió á los once dias, el 6 de Octubre de 877. Han pretendido algunos escritores darle el dictado de grande en consideracion á su poder; pero la posteridad le ha llamado solamente Carlos el Calvo; Príncipe en efecto mas poderoso que digno de serlo, mas ambicioso que amante de la gloria, menos prudente que artificioso y astuto, y mas enagenado con la manía de las conquistas que dotado de las prendas necesarias para gobernar y defender sus estados. Quanto tuvo de grande ó de singular consiste en que en la alternativa prodigiosa de prosperidades y adversidades en que pasó casi toda su vida, superó su constancia en medio de los reveses de la fortuna á su moderacion en la felicidad. Por tanto, para que todos en su vida se acuerden de él.

25. Dejó á la Italia la muerte de este Príncipe abandonada al furor de todos sus enemigos, así cristianos como infieles, no siendo los primeros y especialmente Lamberto, duque de Spoleto, menos temibles al Papa Juan que los mismos sarracenos. El Pontífice resolvió refugiarse en Francia escribiendo al Rey Luis, llamado el Balbo ó Tartamudo, y á los obispos del reino, manifestándoles que su objeto era celebrar allí un concilio universal para remediar los grandes males de la Iglesia. Vióse oñtretanto en la necesidad de tratar con los infieles que amagaban á Roma con los mas horribles estragos; conviniendo en pagarles cada año veinticinco mil marcos de plata. Para mayor afliccion y desconsuelo supo al mis-

mo tiempo que el partido de Focio iba levantando cabeza en Constantinopla. El Emperador Basilio habia cambiado en un todo de opinion acerca de este pérfido sectario, y escribió al Papa suplicándole que le enviase legados con el pretesto de que ansiaba restablecer una armonía perfecta entre todas las partes de la Iglesia. Atraíase Basilio el respeto de oriente, siendo en efecto el hombre mas insigne que gobernó aquel imperio despues de Teodosio; habia triunfado de los musulmanes en Siria, en Armenia y mas allá del Eufrates; honrábanle en Italia con el título de protector los pueblos de Benevento y de Capua que habian sacudido el yugo de los franceses para entregarse en sus manos; y tenia entonces en las costas de Italia una escuadra numerosa y bien tripulada, que era el único recurso del Papa en la urgente necesidad en que se hallaba. A mas de esto deben tenerse presentes las ventajas referidas y que le daban una preponderancia extraordinaria en todos los paises. Estas circunstancias motivaron el que Juan VIII se distinguiese en algunas acciones que Baronio reputa indignas de un Pontífice romano, y que en aquella época dieron pábulo á que se propalase el que con su vida afeminada é indolente y con su excesiva condescendencia y blandura habia hecho traicion á los intereses de la Iglesia. Lejos de oponerse á las miras del Emperador, le contestó en tales términos que no dudó llevar á cabo su empresa; y antes de emprender el viage de Francia, le envió á Pablo, obispo de Ancona y á Eugenio de Ostia en calidad de legados.

26. No recogió su Santidad el fruto que se proponía del concilio celebrado en la ciudad de Troyes, elegida sin duda en los confines del reino de Luis, para que los Príncipes y los prelados de Alemania pudiesen asistir á él mas cómodamente (1). Mas no concurrieron, y aconteció que á este concilio que se habia anunciado como universal, no asistieron mas que treinta obispos incluso el Pontífice y tres italianos que le acompañaron en el viage. Ordenaron en él muchos asuntos particulares á que prestaban inagotable materia los desórdenes del tiempo. Recibieron entre otras una petición de Hincmaro de Laon, á quien habian puesto en libertad despues de la muerte del Rey Carlos: permitiéronle que celebrase el sacrificio de la misa no obstante de que estaba ciego, y se le señaló una pension sobre los bienes de su iglesia de la que le despojaron. El principal asunto que habia obligado al Sumo Pontífice á pasar á Francia, no tuvo resultado por mas diligencias que practicó para obligar al Rey y á los obispos á que le siguiesen á Italia con sus navíos de guerra, consiguiendo tan solo que le acompañase Agilmar de Clermont. Reputóse pues en absoluta libertad para atender esclusivamente á las cosas de Constantinopla, donde el espíritu del gobierno habia variado mucho con respecto á la Religion.

27. Juan VIII siguió con tanto teson la causa de la iglesia de Bulgaria agitada con tanto empeño por Adriano II, que con dificultad podremos libertarle

(1) Tom. 9. Concilior. pag. 313.

de la nota de imprudencia. Escribió dos veces, aunque sin ningun fruto, al patriarca Ignacio para que retirase de la Bulgaria á sus misioneros, enviando por medio de los legados nombrados al Emperador Basilio una nueva carta concebida en estos términos (1): „os hemos advertido ya dos veces que desistais de vuestras pretensiones en el país de los búlgaros, que desde el tiempo del Papa Dámaso estuvo en un todo sujeto á la iglesia romana, y debe volver á ella despues de la conversion de aquellos pueblos. Pero cerrando los ojos con obstinacion á lo que exigen de vos las leyes divinas y humanas, habeis hollado indignamente los decretos de los santos padres; y oponiéndoos al precepto del Señor, habeis metido la hoz en mies agena. Tenemos pues derecho para separaros desde este instante de la comunión católica. Mas ansiando dilatar la indulgencia pontificia cuanto podemos hacerlo legítimamente, os lo advertimos por tercera vez por medio de nuestros legados y de nuestras letras; y exigimos que sin perder un momento mandeis salir de Bulgaria á vuestros obispos y sacerdotes. Si no los llamais sin escepcion en el espacio de treinta dias, y no renunciáis todo género de jurisdiccion sobre aquel país, quedareis privado del cuerpo y sangre de nuestro Señor hasta que obedezcais; y si perseveraseis en vuestra obstinacion, sereis privado de la dignidad patriarcal que recobrasteis por nuestro favor, lo que no debeis olvidar.” Así procedió el Papa con un santo obispo que se juzgaba obli-

(1) Epist. 78. et 79. ap. Reg.

gado en conciencia á defender la jurisdiccion sobre los búlgaros como un derecho inenagenable de su iglesia; y aun escribió con mayor dureza á los obispos y á los eclesiásticos griegos residentes en Bulgaria.

28. Este modo fuerte de hablar irritó á los orientales: y los búlgaros quedaron para siempre bajo la dependencia de la silla de Constantinopla sin que dejase de consolidarse entre ellos la Religion cristiana con el rito griego. Estendió tambien el patriarca Ignacio su jurisdiccion sobre los rusos que se convirtieron en su tiempo. Esta nacion que habia principiado á distinguirse durante el imperio de Miguel, causaba terror por la fiereza de costumbres y por su impiedad. Basilio que no obstante sus prendas militares se complacia mas en desarmar un enemigo que no en combatir contra él, los atrajo á fuerza de regalos para tratar con ellos y conservar la paz, y aun logró que se prestasen á oír el Evangelio y á recibir un arzobispo consagrado por Ignacio. Al punto que llegó el prelado misionero, reunió el Príncipe de los rusos á su nacion para acordar si debian abandonar la religion que profesaban para abrazar el cristianismo (1). El arzobispo se presentó en medio de un gran número de ancianos que formaban el consejo del Príncipe y eran los mas adictos á sus antiguas supersticiones, y estos le preguntaron qué era lo que se proponia enseñar. Mostró el libro de los Evangelios y refirió algunos milagros de Jesucristo, insinuando de paso otros varios del antiguo testamento. Causó

(1) *Const. in Basil. ann. 960.*

tal impresion en todo el concurso el de los tres niños en el horno, cuyo suceso pintó Daniel con tanta viveza, que dijeron al arzobispo: „si nos haces ver alguna maravilla semejante á esta, creeremos que nos enseñas la verdad. Aunque no es permitido tentar á Dios (replicó el prelado), sin embargo, si estais en un todo resueltos á conocer y confesar su poder, pedid lo que querais, que él os le manifestará por medio de su ministro.” Pidieron arrojar el libro que tenia en la mano en una hoguera encendida por ellos mismos, y ofrecieron que si no se quemaba se harian cristianos. „Jesus, Hijo de Dios (dijo el arzobispo levantando los ojos y las manos al cielo); glorificad vuestro santo nombre en presencia de este pueblo.” Arrojaron el Evangelio en un horno ardiendo y le dejaron allí largo rato. Apagaron despues el fuego, y hallaron el libro tan entero como estaba antes de hacer esta prueba. Al punto pidieron los bárbaros el bautismo con grandes instancias.

29. No sabemos si esta conversion aconteció mucho tiempo antes de la muerte de San Ignacio, ocurrida el dia 24 de Octubre del año 878, estando ya muy cerca de Constantinopla los legados del Papa Juan. De suerte que en cuanto al santo patriarca, llegaron tarde los enviados y las letras fulminantes del Pontífice romano; y así es en un todo inútil el trabajo que se han tomado algunos doctores de defender á este grande hombre de una condenacion que no estorbó el que se le colocase en el número de los Santos venerados y honrados con culto público. No po-

dia acontecer esta muerte en un tiempo mas á propósito para los designios de Focio; y este fue quizá el único fundamento de las sospechas que despertó contra él. Habíase conciliado este cismático la benevolencia del Emperador en tan alto grado, que no parecia poder ser con un Príncipe tan juicioso y que hasta entonces se habia declarado contra Focio. Pero Basilio tenia un defecto capital, y el hábil impostor supo aprovecharse de él. Este Príncipe gustaba de títulos honoríficos y de elogios pomposos, y pretendia que su nombre fuese mas famoso que el de todos sus predecesores (1). Compuso el sectario una genealogía segun la cual descendia S. M. del Rey Tiridates, tan célebre en Armenia donde habia nacido Basilio. Para dar á su invencion un aire misterioso y de antigüedad, la escribió con caracteres alejandrinos en un papel antiquísimo, imitó lo mejor que supo la escritura antigua, y la cubrió con el forro de un libro medio comido de la polilla. Ordenó despues colocar este libro en la gran biblioteca de palacio, valiéndose para ello de Teófanos, escribiente de palacio é íntimo amigo suyo, quien despues ocupó la gran silla de Cesaréa en Capadocia. Un dia que entró Basilio en la biblioteca, le presentó Teófanos esta obra como el monumento mas precioso, y tambien como el mas profundo, y que únicamente podian desentrañar los grandes conocimientos de Focio, acreditados y confesados por Basilio mismo y por todo el imperio. Habiéndole enviado á

(1) *Nicet. Vit. S. Ignat. pag. 1250.*

llamar al punto, dijo que solo podia descubrir aquellos secretos al Emperador á quien interesaban personalmente. Basilio cayó en el lazo; cesó el destierro de Focio que habia durado ocho años, y puesto al lado de su Soberano este impostor sagáz no tardó en hacer de él lo que quiso.

Reunió así el favor de la corte á la benevolencia y amistad de un número infinito de prelados que habia conservado constantemente en su cisma y en sus intereses; y por consiguiente pudo emprender y ejecutar cuanto le agradase. Osó aspirar á que le mirasen como patriarca aun antes de la muerte de Ignacio, y aunque es cierto que no trató de desterrar á este santo y venerable anciano temiendo las consecuencias que de aquí podrian resultar, y permitiéndole acabar en Constantinopla una carrera que debia ser de corta duracion; tambien lo es que se mezcló en los actos mas brillantes de la dignidad episcopal, ordenando abades y consagrando obispos y metropolitanos. Tomó públicamente posesion de la iglesia patriarcal tres dias despues de la muerte del santo prelado. Principió al punto á perseguir con el mayor encarnizamiento á los amigos y dependientes de Ignacio; causó mil vejaciones á los que miraban como ilegítimo su propio restablecimiento; corrompió á unos con regalos, con dignidades, y con obispados mas considerables que los que poseían: calumnió á otros y les atribuyó delitos atroces que se desvanecian luego que abrazaban su comunión. Castigó tambien con prisiones, con destierros, con todo género de tormen-